

# LA FRAGUA

en la vida cotidiana

PATRIS MEI  
“TU ROSTRO  
BUSCARÉ, SEÑOR”

1

Adviento

# Patris Mei

## OBJETIVO GENERAL

### EL CARÁCTER DE LA ETAPA

La experiencia del fuego, en la simbología de la Fragua, alude a la experiencia del amor de Dios, mediada maternalmente por el Corazón de María, y también a la acción del Espíritu que derrama en nosotros el don de la caridad.

El fuego calienta, purifica, ablanda, ilumina. El Fundador se sirve a menudo de este símbolo para hablar del amor y del celo del misionero. Los “hombres de Dios” tienen el rostro resplandeciente por el fuego, como Moisés.

El núcleo *Patris Mei* expresa la relación de Claret con Dios Padre. Condensa la experiencia del amor de Dios que calienta el hierro frío y lo dispone para recibir la forma. Se trata, en definitiva, de estar “en los asuntos del Padre” (cf. Lc 2,49).

- 1 La búsqueda de Dios (Adviento)**
- 2 La encarnación de Dios (Navidad)**
- 3 El Dios del Reino (Tiempo Ordinario I)**
- 4 La paternidad de Dios y nuestra filiación (Cuaresma)**
- 5 El Dios de la vida (Pascua)**
- 6 La palabra de Dios como fuente de vida (Tiempo Ordinario II)**
- 7 La fe como respuesta al amor de Dios (Tiempo Ordinario III)**
- 8 La oración como encuentro con Dios (Tiempo Ordinario IV)**
- 9 La experiencia claretiana de Dios (Tiempo Ordinario V)**

Ayudar a las personas, comunidades y organismos a tomar conciencia del momento que vivimos, reavivar la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero siguiendo la metodología de la Fragua.

### OBJETIVOS DE LA ETAPA “PATRIS MEI”

- Pasar de actitudes superficiales a actitudes profundas.
- Crecer en la experiencia del amor de Dios como fundamento de nuestra vida misionera.
- Trabajar la cuestión de las imágenes de Dios que sustentan nuestras conductas y la experiencia del Dios de Jesús como experiencia radical de gracia.
- Desarrollar, teórica y prácticamente, la experiencia de la oración.
- Profundizar en la dimensión claretiana de la experiencia de Dios como Padre.

**QUID PRODEST - 2011**  
**PATRIS MEI - 2012**  
**CARITAS CHRISTI - 2013**  
**SPIRITUS DOMINI - 2014**

# 1. Introducción

**Empieza** un nuevo año litúrgico y, con él, una nueva etapa del itinerario de *La Fragua en la Vida Cotidiana*. ¿Estás a dispuesto a proseguir el camino iniciado el año pasado? Aunque, a primera vista, puedas tener la impresión de que todo se repite, en realidad, cada nuevo año es diferente. Es verdad que “Cristo es el mismo hoy, ayer y siempre” (*Heb 13,8*) y que también tú eres el mismo. Sin embargo, “vivir es cambiar y ser perfecto es haber cambiado muchas veces” (J. H. Newman). No permitas que los demonios de la rutina o del cansancio te impidan seguir viviendo y disfrutando del camino.

Este año el tiempo de Adviento consta de cuatro semanas completas. Litúrgicamente empezamos el **ciclo B**. En el itinerario de la Fragua, después de la etapa introductoria del *Quid Prodest*, nos adentramos en la etapa *Patris Mei*, la etapa del fuego.

No hay transformación sin fuego. El crecimiento en la vida del Espíritu no es tanto el resultado de un esfuerzo voluntarista por cambiar cuanto el fruto de una actitud de docilidad a la acción del Espíritu, que es quien nos va configurando con Cristo. El fuego, en la simbología de la Fragua, alude a la experiencia del amor de Dios, mediada maternalmente por el Corazón de María, al Espíritu que derrama en nosotros el don de la caridad. San Antonio María Claret hace una clara aplicación hablando del “fuego de Jesús”: “Dios, en el alma del justo, hace lo que el fuego, que ilumina, calienta y convierte en fuego el combustible, derrite los minerales, calcina las piedras; pues estos mismos efectos causa el fuego que Jesús vino a traer sobre la tierra” (*Los seis talentos de oración*: EE, p. 111).

¿Quién no se siente seducido por el misterio del fuego? Tal vez recuerdes tus primeras experiencias

infantiles delante de una hoguera. El fuego –como nos recordaba Claret– ilumina, calienta, purifica, cauteriza, ablanda, etc. Todos estos verbos pueden tener por sujeto a Dios. Quizá por eso la Biblia está repleta de alusiones al fuego, desde la “zarza ardiente” (cf. *Ex* 3, 2) hasta las “lenguas como de fuego” que descienden sobre la primitiva comunidad reunida en Jerusalén (cf. *Hch* 2, 3).

Encontramos también muchas referencias en los grandes maestros espirituales. ¿Has leído, por ejemplo, el poema “Llama de amor viva” de **san Juan de la Cruz**, cuya memoria celebraremos el 14 de diciembre? Una de sus estrofas canta: “¡Oh lámparas de *fuego* / en cuyos resplandores / las profundas cavernas del sentido, / que estaba oscuro y ciego, / con extraños primores / color y luz dan junto a su querido!”.

Nuestro Padre Fundador se sirve a menudo del símbolo del fuego para hablar del amor: “Hace el amor en el que predica la divina palabra como el *fuego* en un fusil. Si un hombre tirara una bala con los dedos, bien poca mella haría; pero, si esta misma bala la tira rempujada con el *fuego* de la pólvora, mata. Así es la divina palabra” (*Aut* 439). Lo utiliza también para hablar del celo que debe caracterizar al misionero: “El mismo Espíritu Santo, apareciéndose en figura de lenguas de *fuego* sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, nos da a conocer bien claramente esta verdad: que el misionero apostólico ha de tener el corazón y la lengua de *fuego* de caridad” (*Aut* 440).

El fuego del amor no se logra por introspección o mediante otras técnicas: es un don. Por eso, al comienzo de esta etapa, puedes hacer tuya la oración que el P. Fundador dirigía a María: “¡Oh Madre mía María! ¡Madre del divino amor, no puedo pedir cosa que os sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor, concedédmelo, Madre mía! ¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor, socorredme, saciadme! ¡Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndame en el amor de Dios y del prójimo!” (*Aut* 447).

En la página 2 de este cuaderno encuentras **los objetivos para este año**. Tómate un tiempo para leerlos con calma y, sobre todo, para conectarlos con el momento que estás viviendo. Para ello, puedes servirte del siguiente ejercicio.



## Ejercicio 1: Los objetivos de la etapa “Patris Mei”

Es importante que al principio de esta nueva etapa diseñes tu propia “hoja de ruta”. Lo que aquí se te propone es solo un ejemplo. Las preguntas pueden ayudarte a clarificar lo que estás viviendo. No es necesario que respondas a todas. Basta con que escojas una de cada apartado, la que mejor se ajuste a tu situación personal en este momento. En tu cuaderno puedes escribir también la formulación de los objetivos usando tus propias palabras.

1. Pasar de actitudes superficiales a actitudes profundas.

¿Qué signos de superficialidad observas en ti?

¿Cómo crees que afecta la superficialidad ambiental a tu búsqueda de Dios?

¿Qué significa para ti vivir la vida “desde la profundidad”?

2. Crecer en la experiencia del amor de Dios como fundamento de nuestra vida misionera.

¿En qué experiencias de tu vida percibes con más claridad el amor de Dios?

¿Qué textos de la Escritura te ayudan más a comprender que Dios te ama?

¿Cómo reflejas esta experiencia del amor de Dios en tu vida cotidiana?

3. Trabajar la cuestión de las imágenes de Dios que sustentan nuestras conductas y de la experiencia del Dios de Jesús como experiencia radical de gracia.

¿Qué imagen de Dios crees que predomina en tu acercamiento al misterio divino?

¿Percibes alguna imagen negativa, aunque sea residual, que distorsiona tu visión de Dios?

¿Qué imágenes bíblicas de Dios te resultan más iluminadoras?

4. Desarrollar, teórica y prácticamente, la experiencia de oración.

Señala las cinco palabras que mejor pueden expresar lo que para ti significa la oración.

¿Cuánto tiempo diario dedicas a la oración? ¿Te parece suficiente?

¿Qué crees que necesitas para mejorar tu vida de oración?

5. Profundizar en la dimensión claretiana de la experiencia de Dios como Padre.

¿Qué aspecto de la experiencia de Dios que tiene Claret te llama más la atención?

¿Crees que tu experiencia de Dios es, en la práctica, fuente de compromiso apostólico?

¿Cómo resuena en ti la expresión “estar en las cosas del Padre”?

En la misma página puedes ver también **los temas que iremos abordando a lo largo de la etapa Patris Mei** en sintonía con los distintos tiempos litúrgicos. Constituyen nuestra “hoja de ruta”: **1) La búsqueda de Dios:** “Tu rostro buscaré, Señor” (Adviento); **2) La encarnación de Dios:** “El amor de Dios se ha hecho carne” (Navidad); **3) El Dios del Reino:** “El Reino de Dios está cerca” (Tiempo Ordinario I); **4) La paternidad de Dios y nuestra filiación:** “Tú eres mi hijo amado” (Cuaresma); **5) El Dios de la vida:** “No es un Dios de muertos sino de vivos” (Pascua); **6) La Palabra como fuente de vida:** “Tu Palabra me da vida” (Tiempo Ordinario II); **7) La fe como respuesta al amor de Dios:** “Creo en ti, Señor” (Tiempo Ordinario III); **8) La oración como encuentro con Dios:** “Señor, enséñanos a orar” (Tiempo Ordinario IV); y **9) La experiencia claretiana de Dios:** “Estar en las cosas del Padre” (Tiempo Ordinario V).

No se trata de un curso sistemático sobre el misterio de Dios o sobre las diversas posturas que el ser humano adopta ante él. En tu ámbito lingüístico puedes encontrar publicaciones actualizadas sobre este tema. Lo que la etapa *Patris Mei* te ofrece es, más bien, un **itinerario espiritual basado en la Palabra de Dios**, tal como se proclama a lo largo del año litúrgico y leída desde nuestras fuentes carismáticas, sobre todo las Constituciones. A diferencia del año pasado, en esta etapa el centro ya no es la situación inicial de la “barra de hierro” (*Quid Prodest*) sino la acción del fuego en ella (*Patris Mei*). Lo más importante ahora no es preguntarnos dónde estamos, qué caminos queremos seguir, cómo escoger el que conduce a la vida, sino **dejarnos purificar, caldear, ablandar e iluminar por el fuego del amor de Dios**, tal como se nos transmite a través de su Palabra. La etapa tiene, pues, un carácter más contemplativo que instrospectivo, más adorante que inquisitivo.



## 2. Reflexión

### Quien busca encuentra

Este primer cuaderno se titula **“Tu rostro buscaré, Señor”**. Es una expresión tomada del salmo 27 (26). El contexto completo es: “Me dice el corazón: ‘Busca su rostro’. Sí, tu rostro, Señor, es lo que busco, no me ocultes tu rostro” (vv. 8-9a).

Todo el *salterio* está repleto de expresiones referidas a la búsqueda de Dios. Te las encuentras a diario en la recitación de la Liturgia de las Horas: “Esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que viene a tu presencia, Dios de Jacob” (*Sal* 24,6); “Sentíos orgullosos de su nombre santo, que se alegren los que buscan al Señor. Recurrid al Señor y a su poder, buscad su rostro sin descanso” (*Sal* 105,3-4); “Te busco de todo corazón; no dejes que me desvíe de tus mandatos” (*Sal* 119,10). Las imágenes sálmicas son, a menudo, muy sugerentes: “Como busca la cierva corrientes de agua, así, Dios mío, te busca todo mi ser” (*Sal* 42,2).

Uno de los salmos que más veces recitamos en la liturgia –el salmo 63 (62)– expresa nuestra búsqueda de Dios como una necesidad vital sirviéndose de nuevo de la imagen de la sed y del agua: “Oh Dios, tú eres mi Dios, desde el alba te deseo;

estoy sediento de ti, por ti desfallezco; como tierra reseca, agostada, sin agua” (*Sal* 63,2). A lo largo de las cuatro semanas de Adviento, presta atención a las muchas referencias a la búsqueda de Dios que aparecen en los Salmos. Si te sientes animado, anota en tu cuaderno aquellas que mejor expresen lo que tú mismo estás viviendo en este momento en relación con tu propia búsqueda de Dios. Pueden ayudarte a clarificar tu mente y a canalizar tu oración.

También *los libros proféticos* expresan con diversos registros la búsqueda humana de Dios. Hoy, en sintonía con muchos de nuestros contemporáneos que experimentan el silencio de Dios o que incluso dudan de su existencia, podríamos confesar: “Verdaderamente tú eres un Dios escondido” (*Is* 45,15a). Frente al misterio del mal, nos atrevemos incluso a ir más lejos de la mano de Job: “¿Por qué ocultas tu rostro y me consideras tu enemigo?” (*Job* 13,24). Difícilmente saborearemos la dicha del encuentro si no hemos probado en nuestra carne la noche de la ausencia. En este sentido, el momento cultural que vivimos, por paradójico que parezca a primera vista, puede constituir una oportunidad extraordinaria para una experiencia



de Dios más honda, menos obvia, más sufrida y gozada. Como misioneros, hacemos nuestra la angustia de muchas personas que no encuentran a Dios en medio de sus experiencias de dolor, que no aciertan a integrar fe y ciencia, que se sienten escandalizadas por algunos creyentes que no transparentan a Dios en sus vidas.

Al comenzar el Adviento de este año sentimos con más hondura las palabras del profeta Oseas: "Esforcémonos en conocer al Señor; su venida es tan segura como la aurora" (*Os 6,3*). Isaías lo dice con palabras que parecen pensadas para nuestra situación actual: "Buscad al Señor mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca" (*Is 55,6*). Y lo mismo sucede con las palabras que Pablo pronunció en el areópago de Atenas: "Él creó de un solo hombre todo el linaje humano para que habitara en toda la tierra, fijando a cada pueblo las épocas y los límites de su territorio, con el fin de que buscaran a Dios, por sí, escudriñándolo a tientas, lo podían encontrar" (*Hch 17,26-27*). El mismo Pablo añade: "En realidad no está lejos de cada uno de nosotros, ya que en él vivimos, nos movemos y existimos" (*Hch 17,27-28*).

La tensión entre la búsqueda y el encuentro

aparece acentuada en el *Cantar de los Cantares*, especialmente en los poemas segundo y cuarto. El segundo poema subraya la búsqueda del amado por parte de la amada: "En mi cama, por la noche, / *buscaba* al amor de mi alma; / lo *busqué* y no lo encontré. / Me levanté y recorrí la ciudad / por las calles y las plazas, / buscando al amor de mi alma; / lo *busqué* y no lo encontré" (*Cant 3,1-3*). El tema reaparece en el cuarto poema: "Yo misma abrí a mi amado. / ¡El alma se me fue tras de él! / Lo *busqué* y no lo encontré, / lo llamé y no me respondió" (*Cant 5,6*; cf. 5,7-8; 6,1-3).

La Palabra de Dios nos garantiza que la búsqueda no quedará sin recompensa: "Buscadme y viviréis" (*Am 5,4*); "Cuando me busquéis, me hallaréis. Si me buscáis de todo corazón, yo me dejaré hallar por vosotros, oráculo del Señor" (*Jr 29, 13-14a*); "Yo amo a los que me aman y me encuentran los que me buscan ardientemente" (*Prov 8,17*). En realidad, la regla de oro la sintetizó Jesús mismo en el discurso de la montaña: "Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y os abrirán. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, le abren" (*Mt 7,7-8*).

A pesar de las dificultades ambientales y

personales que podamos encontrar, sabemos que Dios nunca cierra sus puertas a quienes lo buscan con corazón sincero. Jesús llegó a afirmar que los limpios de corazón “verán a Dios” (Mt 5,8).

### La vida es búsqueda constante

Es probable que uno de los frutos de la etapa *Quid Prodest* fuera la constatación de que vives insatisfecho, de que no acabas de encontrar plenitud en lo que haces, de que ninguna relación humana, comunidad religiosa o trabajo apostólico llena tu corazón. **San Agustín** expresó magistralmente esta inquietud del corazón humano con una fórmula consagrada: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. Tardamos tiempo en darnos cuenta, pero esta es la verdad más profunda del hombre: **hemos sido hechos para Dios**. Todo lo que no sea Él nos dejará siempre insatisfechos.

En realidad, todo lo que los seres humanos hacemos (ciencia, técnica, arte, política, religión, etc.) es, en el fondo, una búsqueda del sentido de la vida, de la plenitud personal y –aunque no siempre lo interpretemos así– una “búsqueda de Dios”. Desde que llegamos al uso de la razón no hacemos otra cosa que preguntarnos por el qué de la realidad por si acaso ese qué fuera un *quién* y ese *quién* *tuviera algo que ver* con nosotros y nosotros con él. Puedes recordar tus preguntas de niño y adolescente, el estudio de la filosofía, las lecturas que has ido haciendo a lo largo de tu vida sobre estos temas fundamentales. Pero, sobre todo, puedes evocar aquellas experiencias en las que habías depositado tus anhelos y que luego te dejaron vacío.

Los seres humanos experimentamos un desnivel entre la infinitud de nuestra búsqueda y los hallazgos que vamos logrando. Este es nuestro drama: vivir solicitados a la vez por dos instancias, sugestivas, urgentes y diferentes. Por un lado, los múltiples deseos que nos salen al camino, ofreciéndonos la tentadora “fruta paradisíaca” (cf. *Gn* 3,1-7), con la promesa de saciar nuestras ansias de felicidad en plenitud; y, por otro, el deseo de infinito que Dios ha grabado en el alma humana, “herida luminosa” que hace más doloroso y tenso el sentimiento de su ausencia y que se convierte en nuestro interior en una fuerza gravitatoria que nos atrae hacia Él, y que solo Él puede satisfacer y aquietar.

Quizá nadie ha sabido expresar con más hondura que **san Juan de la Cruz** esta experiencia de “ausencia-búsqueda-encuentro”: “¿Adónde te

“ Los seres humanos experimentamos un desnivel entre la infinitud de nuestra búsqueda y los hallazgos que vamos logrando.”

escondiste, / amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / salí tras ti, clamando, y eras ido”. Todo su *Cántico Espiritual* es un poema en el que se describe el itinerario agónico de la búsqueda de Dios: “Buscando mis amores, / iré por esos montes y riberas; / ni cogeré las flores, / ni temeré las fieras, / y pasaré los fuertes y fronteras”. Durante este Adviento puedes aprovechar algún tiempo de meditación para leer el *Cántico Espiritual* con calma. Puedes descargar el texto en la página *web* de la Fragua. Si te es posible, disfruta con alguna de las versiones musicalizadas que existen; por ejemplo, la del cantante **Amancio Prada**. Puedes encontrar algunas partes en internet.

También nuestro **Fundador** experimentó en carne propia el deseo de conocer a Dios, pero era consciente de que se trata de un don: “Ante todo debemos pedir a Dios lo que san Agustín: *Noverim te, noverim me*: Haced, Señor, que yo conozca quién sois Vos y quién soy yo. Aunque infinitamente inferior a Dios, el hombre, hecho a semejanza suya, es su imagen. Dios, y Dios solo puede ser y es el objeto adecuado de las tendencias del hombre; Dios, y Dios solo puede ser y es el centro del hombre, y solo en él puede, por consiguiente, encontrar el descanso su corazón” (*El Ferrocarril*; cf. *Aut* 343).

La Fragua, y de modo especial, el ejercicio diario de la “lectio divina”, puede ayudarte a vivir con intensidad esa búsqueda, que, en realidad, nunca acaba. Cada pequeño hallazgo es el comienzo de una nueva búsqueda. Como has tenido ocasión de comprobar a lo largo de la etapa *Quid Prodest*, no se trata de nada espectacular. La “lectio divina” no es un discurso llamativo. Es el “suave susurro” de Dios en la trama de la vida cotidiana. ¿Recuerdas la experiencia de Elías?: “El Señor le dijo: Sal y quédate de pie ante mí en la montaña. ¡El Señor va a pasar! Pasó primero un viento fuerte e impetuoso, que removía los montes y quebraba las peñas, pero el Señor no estaba en el viento. Al viento siguió un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto. Al terremoto siguió un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Al fuego siguió un ligero susurro. Elías, al oírlo, se cubrió el rostro

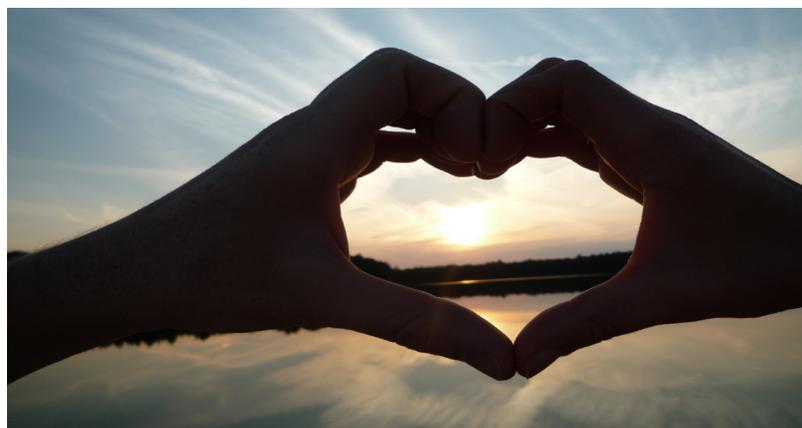
con su manto” (1 Re 19,11-13a). Las culturas del ruido quisieran que Dios se manifestara de manera aparatosa, como el viento, el terremoto o el fuego. Pero Él prefiere revelarse como un “suave susurro”. ¿Se puede percibir este susurro sin un ámbito de silencio? Cuando nos situamos en él, “todas las cosas, aun las más pequeñas –nos dice Claret– nos están publicando el poder de Dios, su sabiduría, su bondad y demás atributos. Al contemplar todas estas maravillas y obras de Dios, no podréis menos que exclamar con San Agustín: «Señor, el cielo, la tierra y todas las cosas me dicen que os ame, Dios mío!...»” (Carta ascética: EE, p. 118).

### Somos buscadores “encontrados”

¿Es correcto hablar de “búsqueda de Dios”? ¿No tendríamos que reconocer, más bien, que es Él quien nos busca y encuentra? ¿No es esta precisamente la gran novedad del cristianismo en relación con otras religiones? En realidad, ambos movimientos (búsqueda y encuentro) van unidos. Jesús nos habla de Dios como de un padre que, cuando su hijo aún estaba lejos, “profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos” (Lc 15,20). Es Dios quien da el primer paso, quien suscita en nosotros el deseo de buscarlo. La tensión entre la búsqueda y el encuentro la sintetizó hermosamente el poeta **Antonio Machado**: “Por todas partes te busco / sin encontrarte jamás, / y en todas partes te encuentro / solo por irte a buscar”. En realidad, como Jesús nos dice, no buscaríamos si no fuéramos impulsados y atraídos por Dios mismo: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo y a quien el Hijo que lo quiere revelar” (Lc 10,22).

**San Antonio María Claret** fue también un buscador que experimentó, en medio de sus pruebas, que Dios le salía al encuentro. Al final de la etapa *Patris Mei*, en el cuaderno 9, titulado “Estar en las cosas del Padre”, tendrás la oportunidad de profundizar en su experiencia de Dios. Pero ya ahora, al comienzo, es bueno que recuerdes la pasión con la que él buscó el tesoro escondido: “Convenidísimo, pues, de la utilidad y necesidad del amor para ser un buen Misionero, traté de buscar ese

tesoro escondido, aunque fuera preciso venderlo todo para hacerme con él” (Aut 442). Desde que, movido por las experiencias *Quid Prodest*, abandonó sus deseos de ser fabricante, su búsqueda tuvo un solo objetivo: “No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y cumplirla, Señor, con toda perfección. Yo no quiero más que a Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas. Vos sois para



mi suficientísimo” (Aut 445).

Para poder realizar siempre la voluntad de Dios, para amarlo con todo el corazón, necesitó ser introducido en la fragua, encendido con el fuego del amor. Por eso, su búsqueda de Dios se transforma en oración: “¡Oh Jesús mío!, os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder. Sí, Jesús mío, os pido amor, llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra. Ven, fuego divino. Ven, fuego sagrado; enciéndame, abrázame, derrítame y derrítame al molde de la voluntad de Dios” (Aut 446).

### El Adviento como itinerario de búsqueda y encuentro

A continuación, encontrarás nuevas pistas para tu reflexión en sintonía con la liturgia de cada una de las cuatro semanas de Adviento que nos ofrecen un **itinerario de búsqueda en cuatro tiempos**:

Primera Semana	Segunda Semana	Tercera Semana	Cuarta Semana
La Vigilancia	El camino	Los testigos	Los signos

No se puede buscar si estamos dormidos o entretenidos en muchas preocupaciones. La búsqueda de Dios comienza por una actitud de *atención y vigilancia* (1) que nos permita preparar *el camino* (2), escuchar a *los testigos* (3) y reconocer *los signos* de Dios en nuestra historia y en la historia del mundo (4). Atiborrados de estímulos, necesitamos de nuevo detenernos y abrir bien los ojos y el corazón.

### La vigilancia (primera semana)

Es llamativo que, al comienzo de la etapa *Patris Mei*, la primera lectura del primer domingo de Adviento (cf. *Is* 63,16b-17; 64,1.2b-7) se abra con esta invocación: “Tú, Señor, eres nuestro *padre*”. Aparece la denominación de Dios como “padre”, que más tarde Jesús revelará en toda su originalidad y hondura. Si quieres profundizar sobre este tema, puedes leer en la página *web* de la Fragua el documento “La paternidad de Dios en el Antiguo Testamento”. El final de esa misma lectura podría expresar lo que hoy vivimos en algunos contextos culturales: “Nadie invocaba tu nombre ni se esforzaba por aferrarse a ti ... Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero; somos todos obra de tu mano” (*Is* 64, 6-7).

Salvo el día 30 de noviembre (fiesta del apóstol **San Andrés**), la primera lectura de todos los demás días de esta primera semana de Adviento está tomada del profeta Isaías. Es como si la liturgia quisiera poner ante nuestros ojos, al principio del Adviento, el sueño de Dios para que no sucumbamos bajo el peso de nuestras frustraciones y cansancios. En medio de las malas noticias que nos llegan a diario, el profeta nos anuncia que “al final de los tiempos estará firme el monte del templo del Señor” (*Is* 2,2), que “saldrá un nuevo renuevo del tronco de Jesús ... y sobre él reposará el espíritu del Señor ...” (*Is* 11,1-2), que podemos confiar siempre en el Señor “porque Él es la roca perpetua” (*Is* 26,4), y, finalmente, que el pueblo ya no tendrá que llorar porque el Señor se apiada de nosotros y nos manifiesta su compasión (cf. *Is* 30,19-21).

Todas estas promesas de Dios se cumplen en la historia del mundo y en nuestra propia historia, pero —como Jesús mismo nos advierte en el evangelio del primer domingo— **no sabemos cuándo es el momento oportuno**. Es más, cuando contemplamos superficialmente, a través de los medios de comunicación, la realidad que nos envuelve, tenemos la impresión de que sucede todo lo contrario. Saltan al primer plano las catástrofes naturales (incendios, sequías, inundaciones, terre-



motos), los dramas humanos (conflictos bélicos, hambre, pandemias, corrupción, injusticias), los escándalos eclesiales, etc. Por eso, la actitud requerida para reconocer la presencia de Dios en la trama compleja de la vida es la *vigilancia*: “Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa” (*Mc* 13,35). Es hermoso contemplar a Dios como el “dueño de la casa”, cuya venida, aunque se presente con rasgos de imprevisibilidad, es siempre salvadora. Jesús nos revela que, a pesar de los aparentes fracasos, a Dios no se le escapa la historia de las manos y que caminamos hacia la plenitud de todo en Él. Este es el fundamento de la esperanza cristiana, que va más allá del simple talante optimista o de algunos logros parciales.

En los evangelios que la liturgia proclama esta semana hay otras referencias a Dios Padre. La del martes **29 de noviembre** es quizá la más significativa para iluminar nuestro itinerario de búsqueda: “Te doy, gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla” (*Lc* 10,21). La contraposición entre “entendidos” y “gente sencilla” y entre “has escondido” y “has revelado” recorre el evangelio de principio a fin. Y es quizá una de las claves más profundas para comprender por qué las culturas y personas

“entendidas” (es decir, autosuficientes, seguras de sus conquistas) no saben reconocer los signos de Dios que, sin embargo, parecen evidentes para la “gente sencilla” (es decir, menesterosa, abierta a la ayuda).

El evangelio del día **1 de diciembre** nos recuerda que la verdadera religiosidad no consiste en la mera invocación de Dios sino, sobre todo, en cumplir “la voluntad de mi Padre que está en el cielo” (Mt 7,21). Dios es la roca sobre la que podemos edificar nuestra casa. Por eso, aunque nos veamos amenazados por lluvias, torrentes y vientos, nuestra casa podrá resistir.

Finalmente, el sábado **3 de diciembre**, el evangelio nos presenta a Jesús hablando de Dios como “el Señor de la mies” (Mt 9,38), a quien hay que rogar que envíe trabajadores a esta inmensa mies que es el mundo para que, movidos por la misma compasión de Jesús, puedan acompañar a todos los que están “cansados y abatidos, como ovejas sin pastor” (Mt 9,36).

Algunas de las meditaciones del **Oficio de Lecturas** de esta primera semana nos ayudan también a profundizar en la experiencia de Dios.

- El lunes, **San Carlos Borromeo** nos invita a la gratitud: “Nosotros debemos vivir en todo momento con fervor, alabando y dando gracias al Padre eter-

no por la misericordia que en este misterio nos ha manifestado”.

- El martes, **San Gregorio Nacianceno** acentúa la obra salvífica de Dios a través de su Hijo: “Convenía que la santidad fuese otorgada al hombre mediante la humanidad asumida por Dios; de manera que, habiendo vencido con su poder al tirano que nos tenía sojuzgados, nos librara y atrajera nuevamente hacia sí por medio de su Hijo, que realizó esta obra redentora para gloria de su Padre y que tuvo siempre esta gloria como objetivo de todas sus acciones”.

- El miércoles, **San Bernardo** nos exhorta a acoger la palabra de Dios a través de la cual él nos visita: “Si guardas así la palabra de Dios es indudable que Dios te guardará a ti. Vendrá a ti el Hijo con el Padre, vendrá el gran profeta que renovará a Jerusalén, y él hará nuevas todas las cosas.”

- Quizá el texto que mejor sintoniza con el tema de esta fase lo encontramos el viernes. Es un hermoso y conocido fragmento del *Proslogion* de **San Anselmo**: “Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle; y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de Él. Di, pues, alma mía, di a Dios: «Busco tu rostro; Señor, anhelo ver tu rostro.»”. El siguiente ejercicio se centra en este texto anselmiano.



## Ejercicio 2: Te busco, Señor

1. Lee detenidamente la oración de San Anselmo que encuentras en el anexo 1. Subraya las palabras o expresiones que más te llamen la atención. Deja que resuenen en ti.

2. A continuación, escribe tu propia oración de búsqueda. La puedes titular: “Te busco, Señor”. Puedes escribirla primero en un papel borrador. Cambia las expresiones. Cuando esté lista, cópiala en tu Cuaderno Fragua.

### El camino (segunda semana)

La segunda semana de Adviento es una invitación a **preparar el camino** por el que el Señor llega a nosotros y por el que nosotros accedemos a Él. En la primera lectura de la eucaristía seguimos leyendo básicamente al profeta Isaías. Resuenan, de manera especial, sus palabras de *consolación* –“Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios” (Is 40,1)– y de *ánimo*: “¡Ánimo, no temáis! Mirad a vuestro Dios: trae la venganza y el desquite, viene en persona a salvaros” (Is 35,4). En el evangelio aparece la figura de nuestro Padre del cielo, “que no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños” (Mt 1,14), especialmente aquellos que se han extraviado en el camino de la vida. Es probable que tú mismo, en momentos de cansancio o desorientación, te reconozcas en las palabras del apóstol Tomás: “Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?” (Jn 14,5). La segunda semana de Adviento te ofrece la oportunidad de reflexionar y orar a partir del símbolo del camino, entendido como el “lugar” por el que Dios llega a ti y por el que tú transitas hacia Él.

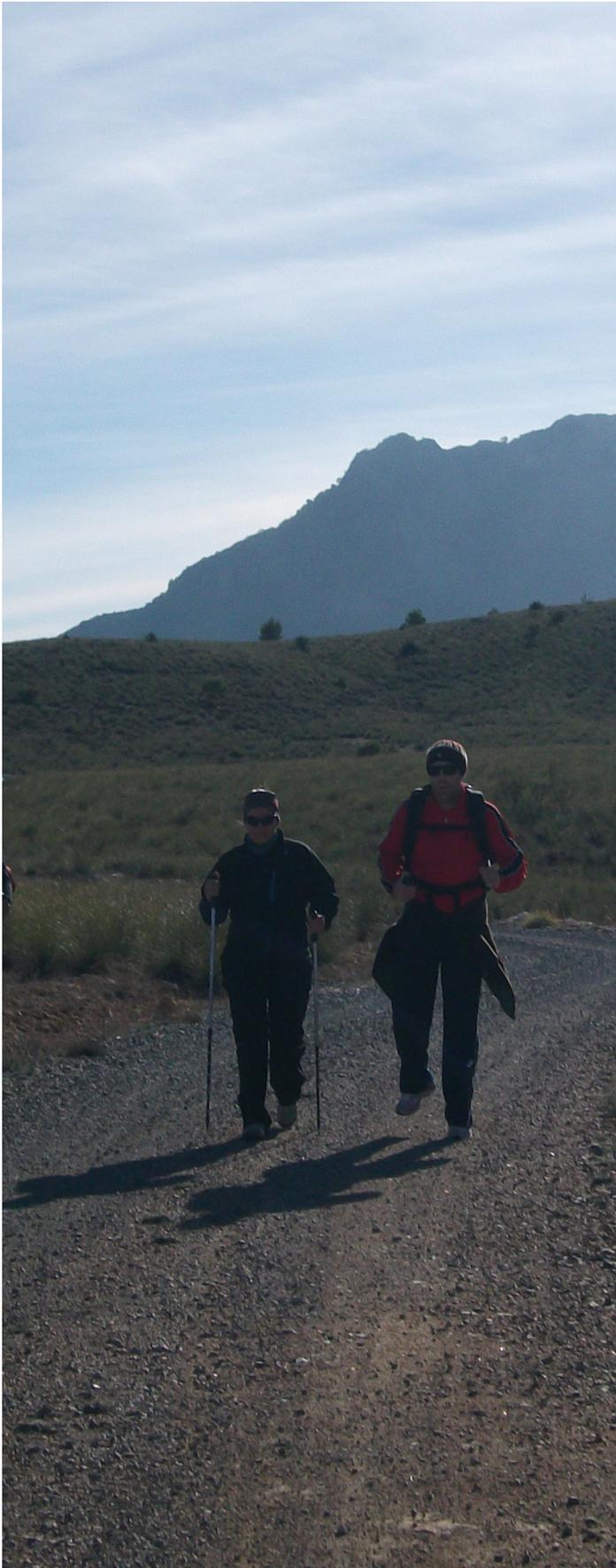
El camino es un símbolo universal. Cobra una gran importancia en la obra del evangelista Lucas. En ella se usa con mucha frecuencia el verbo “caminar” (*poreúomai*). Este verbo, rarísimo en Marcos, más frecuente en Mateo, aparece unas 40 veces tanto en su evangelio como en los Hechos, particularmente en la sección del “camino de Jesús a Jerusalén”. Algo parecido podría decirse del sustantivo “camino”. Lucas, no solo usa a menudo expresiones como “camino de salvación” (Hch 16,17), “camino del Señor” (Hch 18,25), “camino de Dios” (Hch 18,26), sino que, en una serie de textos absolutamente excepcionales y de difícil explicación, llega a definir la vida cristiana como “el camino”, (cf. Hch 9,2; 18,25.26; 19,9.23; 22,4; 24,14.22).

Con este trasfondo neotestamentario, cobran más significado algunos textos de las Constituciones que nos invitan a renovar “cada día el propósito de adelantar en el camino del Señor” (CC 52) y también a acoger con sincero amor al hermano arrepentido para que “prosiga con mayor seguridad el camino del Señor” (CC 55). En realidad, **las Constituciones en su conjunto constituyen una ayuda para avanzar en el itinerario de búsqueda de Dios**, que con tanta fuerza acentúa el tiempo de Adviento. Por eso, “los miembros de la Congregación estamos obligados a las prescripciones de estas Constituciones para progresar en el camino del Señor y en el servicio del Reino de Dios” (CC 158).

El día 8, **solemnidad de la Inmaculada Concepción**, la liturgia canta a “Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales” (Ef 1,3). Él nos ha elegido por pura gracia, nos ha destinado a ser sus hijos y sus herederos. Esta bendición se concreta de manera especial en María, la “llena de gracia” (Lc 1,28). Todas las promesas de Dios se harán realidad en ella “porque para Dios nada hay imposible” (Lc 1,37). En el camino del Adviento, y precisamente en la semana que se centra en el símbolo del camino, contemplamos a María como “peregrina de la fe”, como la mujer que se dejó encontrar por Dios en su vida cotidiana y que, a pesar de no ver claros sus designios, respondió con un sí total y se puso en camino.

También el **Oficio de Lecturas** de esta segunda semana nos ofrece pistas:

- **Eusebio de Cesarea** se hace eco de la invitación que la Palabra nos hace a preparar el camino: “Todo esto se decía porque Dios había de presentarse en el desierto, impracticable e inaccesible desde siempre. Se trataba, en efecto, de todas las



gentes privadas del conocimiento de Dios, con las que no pudieron entrar en contacto los justos de Dios y los profetas. Por esto motivo, aquella voz manda preparar un camino para la Palabra de Dios, así como allanar sus obstáculos y asperezas, para que cuando venga nuestro Dios pueda caminar sin dificultad”.

- Frente al deseo de nuevas revelaciones, **san Juan de la Cruz** nos recuerda que Dios Padre nos ha dado todo en la Palabra encarnada que es su Hijo: “Pero ya que está fundada la fe en Cristo y manifiesta la ley evangélica en esta era de gracia, no hay para qué preguntarle de aquella manera, ni para que Él hable ya ni responda como entonces. Porque en darnos, como nos dio, a su Hijo –que es una Palabra suya, que no tiene otra–, todo nos lo habló junto y de una vez en toda esta sola Palabra, y no tiene más que hablar”.

- Y **san Agustín** sintetiza así lo que Dios nos va a conceder: “Dios prometió a los hombres la divinidad, a los mortales la inmortalidad, a los pecadores la justificación, a los miserables la glorificación”.

- **San Pedro Crisólogo**, finalmente, nos habla del deseo de ver a Dios: “El amor no puede quedarse sin ver lo que ama: por eso los santos tuvieron en poco todos sus merecimientos, si no iban a poder ver a Dios. Moisés se atreve por ello a decir: Si he obtenido tu favor, enséñame tu gloria”.

A la vista de tantos mensajes, puedes sentirte un poco abrumado. ¿Dónde fijar la mirada? A menudo, la primera reacción puede coincidir con el célebre verso de **san Juan de la Cruz**: “No quieras enviarme de hoy más ya mensajero que no saben decirme lo que quiero”. No te sientas obligado a buscar síntesis imposibles. Deja que la Palabra descienda como lluvia suave sobre ti. Observarás que entre todos los mensajes que se proclaman siempre hay alguno que conecta con lo que tú estás necesitando. **Escúchalo y síguelo. No te preocupes de más.** Se te ofrece mucha más agua de la que necesitas para regar y fecundar el campo de tu vida. Acoge la que necesitas; la demás, déjala correr.

## Ejercicio 3: Bendito sea Dios

1. Esta segunda semana puedes realizar un ejercicio a partir del cántico de Ef 1,3-14 que la liturgia proclama como segunda lectura de la misa en la solemnidad de la Inmaculada Concepción.
2. Haz una lista con todos los verbos que describen la acción de Dios Padre en cada uno de nosotros.
3. Escribe a continuación tu propio cántico de bendición a partir de aquellas experiencias en las cuales hayas experimentado con más fuerza la acción de Dios en *el camino* de tu vida.

### Los testigos (tercera semana)

La tercera semana de Adviento está muy centrada en la figura de **Juan el Bautista** como precursor del Señor. Él es la voz que da testimonio de la Palabra. Siguiendo los fragmentos evangélicos que se proclaman a lo largo de la semana, podemos decir que los testigos del Mesías son aquellos que reconocen su autoridad y los signos que él hace (lunes-miércoles), saben responder sí y obrar en consecuencia (martes), pertenecen a los pequeños del Reino (jueves) y confiesan al Padre como el que envía a Jesús (viernes). El sábado **17 de diciembre** comienzan las ferias mayores, que siguen su propia secuencia (cf. "Pistas para la lectio divina").

Nos dejamos también acompañar por algunas meditaciones del **Oficio de Lecturas**:

- **San Agustín** nos lo dice con claridad en la que se nos propone para el domingo: "Juan era la voz, pero el Señor es la Palabra que en el principio ya existía. Juan era una voz provisional; Cristo, desde el principio, es la Palabra eterna". Desde esta clave puedes interpretar todos los demás mensajes.
- Presta atención a las máximas de "La imitación de Cristo" de **Tomás de Kempis**: "No te importe mucho quién está por ti o contra ti, sino busca y procura que esté Dios contigo en todo lo que haces".
- **San Ireneo** nos advierte de que "el hombre por sí mismo no puede ver a Dios; pero Dios, si quiere,

puede manifestarse a los hombres: a quien quiera, cuando quiera y como quiera".

**Juan Bautista**, "el más grande nacido de mujer", simboliza a todos aquellos que, con su testimonio y sus palabras, nos ayudan a preparar el camino del Señor. A lo largo de la historia, ha sido incontable el grupo que los que han buscado al Señor y han preparado sus caminos: desde **Agustín de Hipona** hasta **Teresa de Calcuta**, pasando por **Francisco de Asís**, **Clara de Asís**, **Teresa de Ávila** y tantos otros.

Entre los testigos hay muchos hombres y mujeres no canonizados. ¿Cómo no evocar, por ejemplo, el famoso Memorial de **Blas Pascal** del año 1654: "Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, no de los filósofos ni de los sabios. Certeza, certeza. Sentimiento. Alegría. Paz. Dios de Jesucristo ... Solo se lo encuentra por los caminos enseñados en el Evangelio"?

La historia de los dos últimos siglos, marcados por la irrupción del ateísmo hecho cultura, está salpicada de auténticos buscadores de Dios, que se convierten para nosotros en "luciérnagas en medio de la noche": **Henry Newman** ("Decidí poner mi confianza en Dios en todo momento y en todo lugar. El nunca podrá rechazarme"), **Leon Bloy**, ("Cuando uno está solo, frente a Dios, a la entrada de una avenida sombría, uno se conoce a sí mismo, y no se excede en la propia estimación"), **Charles de Foucauld** ("Cuando creí que había un Dios, com-



“

Si vas al fin del mundo, encontrarás la huella de Dios; si vas al fondo de ti mismo, encontrarás a Dios”

prendí que no podría hacer otra cosa que vivir para él”), **Paul Claudel** (“¡Es cierto! Dios existe está ahí. ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! Me ama, me llama”), **Gilbert Chesterton** (“Cuando los hombres ya no creen en Dios, no es que no creen en nada, es que lo creen todo”), **Giovanni Papini** (“Ahora que Dios me ha vencido, redescubro signos de fuego, que no me quemaron porque no quise detenerme”), **Raïsa Maritain** (“Siempre buscas lo que hay que hacer. No hay más que amar a Dios y servirle con todo el corazón”).

La lista continúa con hombres y mujeres que han pasado del ateísmo a la fe o que, sencillamente, han descubierto un modo más profundo de creer: **León Felipe** (“Yo te veo, Señor, como un hierro encendido, quemándome la carne hasta los huesos”), **Robert Schuman** (“Solo hay un camino para identificarse con el pensamiento de Dios: la meditación diaria de la Biblia”), **Edith Stein** (“Dios es la verdad. Quien busca la verdad busca a Dios, sea o no consciente de ello”), **C. S. Lewis** (“Admití que Dios era Dios y, de rodillas, recé”), **Antoine de Saint-Exupéry** (“No hay más que un problema, uno solo en el mundo: devolver a los hombres un significado espiritual”), **Madeleine Dêlbrel** (“Si vas al fin del mundo, encontrarás la huella de Dios; si vas al fondo de ti mismo, encontrarás a Dios”), **Jacques Loew** (“Necesitaremos algunos alfilerazos para desinflar nuestra vanidad, nuestro yo, a fin de que, haciéndonos pequeños, podamos descubrir a Dios”), **Simone Weil** (“Actitud de súplica: debo necesariamente dirigirme a algo que no sea yo misma, puesto que se trata de liberarme de mí misma”), **Carlo Carretto** (“No trates de alcanzar a Dios con la inteligencia: no lo conseguirás nunca; alcázalo con el amor; esto es posible”), **Julián Marías** (“El problema de la divinidad no es inventado, formulado o construido, sino descubierto”), **André Frossard** (“Dios existe, yo me lo encontré”), **Thomas Merton** (“El único deseo que infaliblemente se cumple es el deseo de ser amado por Dios”), **Roger Schutz** (“Tú que buscas a Dios, ¿lo sabes?: lo esencial es la acogida de su Cristo”), **Oscar Romero** (“Toda mi esperanza está puesta en Dios”), **Alberto Hurtado** (“Verdaderamente Dios ha sido para mí un Padre cariñoso, el mejor de los padres”), **Jean Vanier** (“La experiencia del amor de Dios lo cambia todo y, a la vez, no cambia nada”), **Martin Luther King** (“He tenido en mis manos muchas cosas, y las he perdido todas; sin embargo, todo aquello que he puesto en manos de Dios, lo conservo todavía”), **Dorothy Day** (“No podemos amar a Dios, si no nos amamos unos a otros, y para amar tenemos que conocernos unos a otros”), **Julius Nyerere**

(“No puedo creer que Dios sea tan descuidado que haya hecho que el uso de uno de sus dones dependa del abuso del otro”), **Léopold Senghor** (“Solo por escuchar los trombones de Dios, tu corazón bate al ritmo de la sangre, tu sangre”), **Joséphine Bakhita** (“¡Si supierais qué gran gracia es conocer a Dios!”) ... y tantos otros.

La búsqueda de Dios recorre las culturas y religiones. ¿Cómo no recordar, al menos, las figuras de **Rabindranath Tagore** (“Cada criatura, al nacer, nos trae el mensaje de que Dios todavía no pier-

de la esperanza en los hombres”) y **Mahatma Gandhi** (“La empresa humana más elevada consiste en tratar de encontrar a Dios. Nadie puede tener experiencia de Dios si no es puro de corazón”)?

Para nosotros cobra un relieve especial el testimonio de **san Antonio María Claret** (cuyo 204 aniversario del nacimiento celebramos el día 23 de diciembre), de los **beatos mártires claretianos de Barbastro** y de otros muchos “**claretianos de ayer y de hoy**” que nos han ayudado a buscar, a creer y a madurar nuestra fe a lo largo del camino.



## Ejercicio 4: Testigos del Misterio

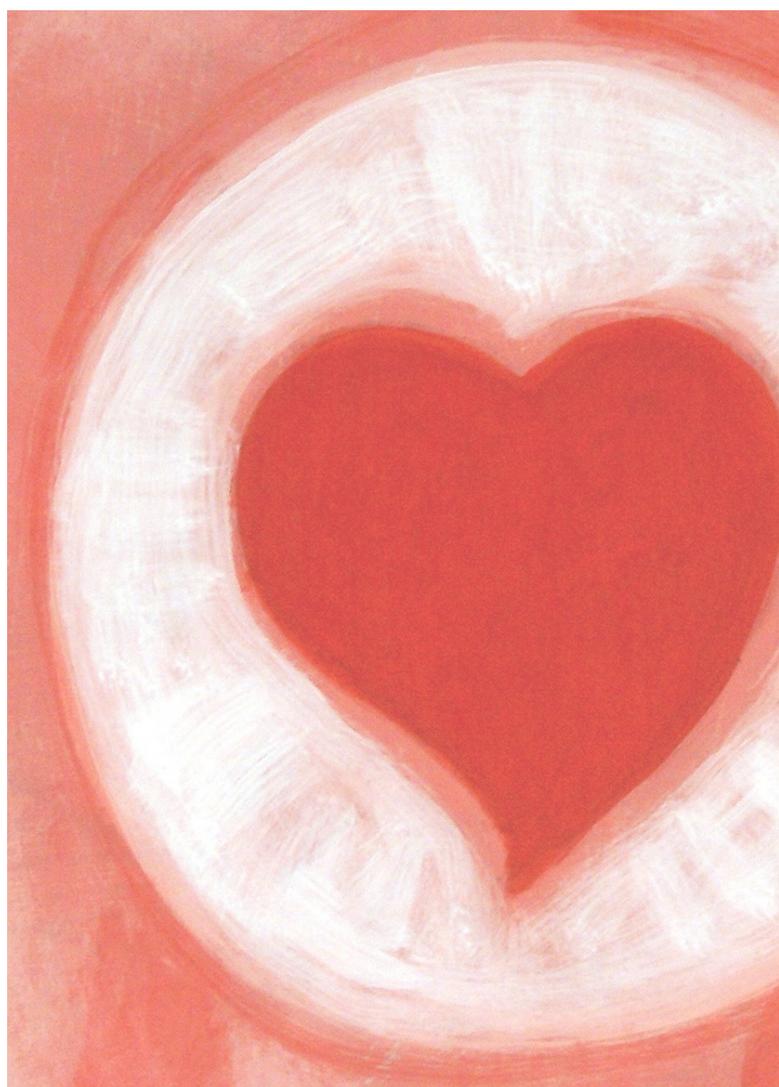
Los “buscadores” de Dios citados en los párrafos anteriores son solo una pequeña muestra de los millones de hombres y mujeres que han buscado y siguen buscando a Dios en todas las religiones y culturas. Es probable, además, que estos nombres no coincidan con las personas que, de hecho, más te han iluminado y ayudado en tu itinerario de fe. Este ejercicio tiene como objetivo hacer memoria de algunas de ellas. No habrías llegado adonde has llegado sin su testimonio y ayuda.

1. Haz una lista con el nombre las personas (vivas o difuntas, célebres o desconocidas) que han ejercido una influencia positiva en tu búsqueda de Dios a través de sus palabras, de sus escritos o, sobre todo, de su ejemplo.
2. Escoge una persona de la lista que has escrito. Evócala en tu mente y en tu corazón. Recuerda lo que más te impactó de ella. Luego, con serenidad, comienza a escribir un diálogo imaginario con esa persona. Cuéntale lo que ahora mismo te preocupa en relación con tu búsqueda de Dios, el modo como estás viviendo esta aventura: deseos, hallazgos, silencios, preguntas, crisis ... Escucha lo que esa persona te dice. Déjate afectar por sus palabras y por sus silencios. Escribe también sus intervenciones. No te preocupes de que tu escrito sea muy coherente. Lo importante es que sea sincero, que saque de tu bodega interior lo que ahora mismo estás viviendo.
3. Cuando termines, relea el diálogo completo y anota las reacciones que te produce.

### Los signos (cuarta semana)

La cuarta semana de Adviento está jalonda por personajes como **Zacarías**, **Isabel**, el pequeño **Juan** y, sobre todo, **José** y **María de Nazaret**. A través de sus historias menores, la liturgia nos va acercando al momento culmen de la historia: la Palabra que se hace carne y planta su tienda en nuestro suelo. Todo lo que sucede son “signos” que nos ayudan a orientar nuestra búsqueda hacia la cueva de Belén, en compañía de los **pastores** (símbolo de los pobres) y de los **magos** (símbolo de los paganos). También hoy el Señor pone en tu camino algunos signos que te sostienen en tu búsqueda del Misterio. Es muy probable que –más allá de los libros que lees o algunos acontecimientos llamativos– los más iluminadores sean las personas sencillas con quienes compartes tu vida misionera. Da gracias a Dios por ellas.

La semana se abre con **la vocación de María** (cf. Lc 1,26-38), un texto que la liturgia nos propone nada menos que tres veces en este Adviento (los días 8, 18 y 20 de diciembre); sigue con **la historia de Zacarías** (cf. Lc 1,5-25), **la visita de María a su prima Isabel** (cf. Lc 1,39-45), **el cántico del Magnificat** (cf. Lc 1,46-56), **el nacimiento de Juan** (cf. Lc 1, 57-66) y se cierra con **el cántico del Benedictus** (cf. Lc 1,67-79), en el que se anuncia que “por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará



el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz”.

A lo largo de toda la semana se van sucediendo las ferias mayores –iniciadas el sábado de la semana anterior– con las antífonas que recogen siete títulos mesiánicos: **Sabiduría** (17), **Adonai** (18), **Renuevo** (19), **Llave** (20), **Sol** (21), **Rey** (22) y **Emmanuel** (23). Cada uno de ellos constituye una respuesta sintética a nuestra búsqueda de Dios:

- **Jesús-Sabiduría** te concede su Espíritu para que adquieras un corazón sencillo y, de esa forma, puedas acoger la revelación de Dios.
- **Jesús-Adonai**, a quien puedes reconocer como tal con la ayuda del Espíritu (cf. *1 Cor 12,3*), te libera de los falsos señores que esclavizan tu corazón y bloquean tu búsqueda de Dios.
- **Jesús-Renuevo** hace brotar en el tronco viejo de tu rutina los brotes verdes de la alegría de vivir y de la esperanza.
- **Jesús-Llave** te abre los secretos del corazón de Dios para que sepas que el Padre te está buscando como al hijo pequeño y como al hijo mayor.
- **Jesús-Sol** ilumina tus noches, orienta tus preguntas, disipa tus dudas, te ayuda a no reducir a Dios a un problema sino a buscarlo como Misterio.
- **Jesús-Rey** hace que tu búsqueda de Dios sea inseparable de la lucha por los valores del Reino de Dios.
- **Jesús-Emmanuel** te ayuda a reconocer la majestad y el amor de Dios en la pobreza de las realidades humanas.

Por su parte, el **Oficio de Lecturas** nos coloca ya en la perspectiva de la Navidad:

• La **Carta a Diogneto** acentúa la generosidad del Dios que se entrega a los hombres: “Mientras mantenía en lo oculto y reservaba sabiamente su designio, podía parecer que nos tenía olvidados y no se preocupaba de nosotros; pero, una vez que, por medio de su Hijo querido, reveló y manifestó todo lo que se hallaba preparado desde el comienzo, puso a la vez todas las cosas a nuestra disposición: la posibilidad de disfrutar de sus beneficios, y la posibilidad de verlos y comprenderlos. ¿Quién de nosotros se hubiera atrevido a imaginar jamás tanta generosidad?”.

• **San Ireneo** se sirve de expresiones que han pasado a nuestro acervo teológico y espiritual para caracterizar la relación de Dios con el hombre y viceversa: “La gloria del hombre es Dios; el hombre, en cambio, es el receptáculo de la actuación de Dios, de toda su sabiduría y su poder. Si el hombre acoge sin vanidad ni jactancia la verdadera gloria procedente de cuanto ha sido creado y de quien lo creó, que no es otro que el poderosísimo Dios que hace que todo exista, y si permanece en el amor, en la sumisión y en la acción de gracias a Dios, recibirá de Él aún más gloria, así como un acrecentamiento de su propio ser, hasta hacerse semejante a aquel que murió por él”.

• **San Bernardo**, dirigiéndose a María, figura central de esta cuarta semana, escribe: “Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes. Por la Palabra

“

**La gloria del hombre es Dios; el hombre, en cambio, es el receptáculo de la actuación de Dios, de toda su sabiduría y su poder.”**

eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida”.

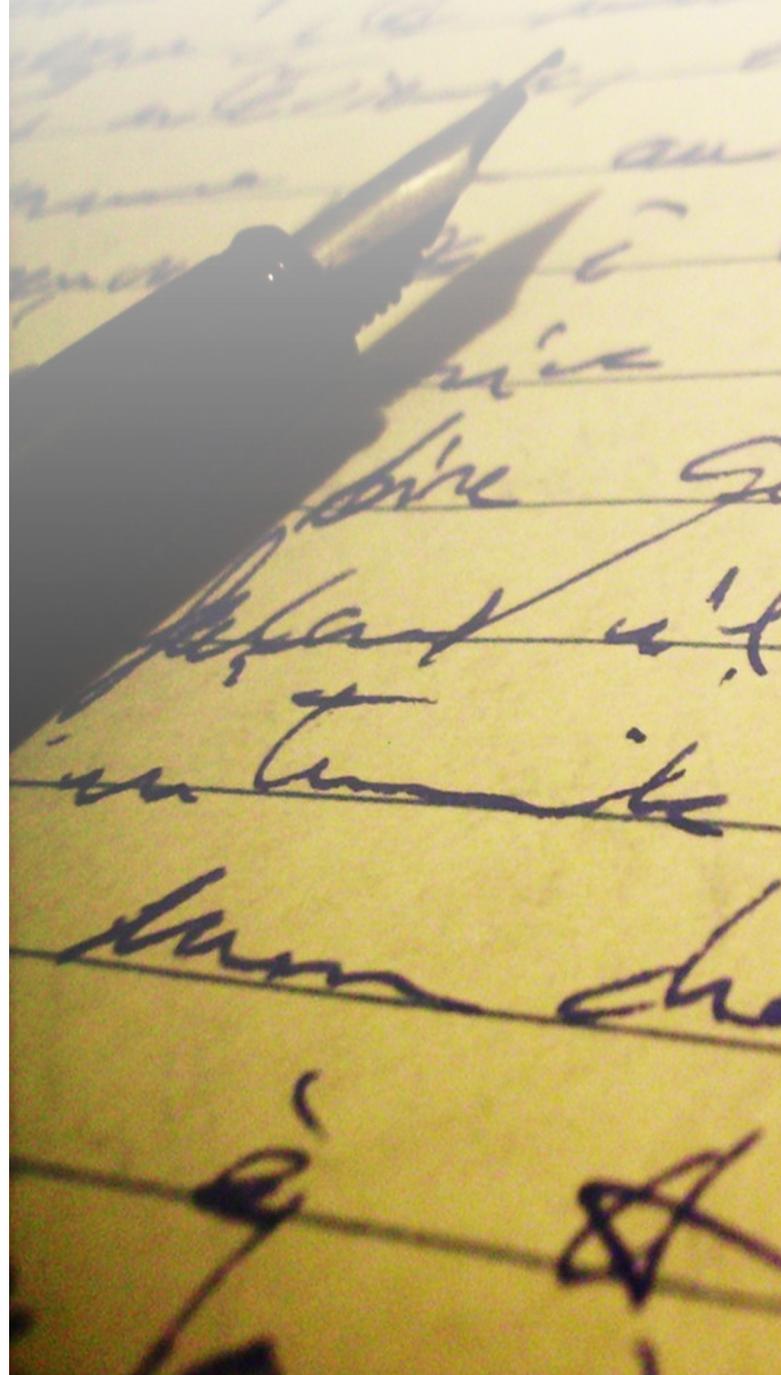
- **San Ambrosio**, glosando el *Magnificat*, explica en qué consiste la grandeza de Dios: “El Señor, en efecto, es engrandecido, según puede leerse en otro lugar: Proclamad conmigo la grandeza del Señor. No porque con la palabra humana pueda añadirse algo a Dios, sino porque Él queda engrandecido en nosotros. Pues Cristo es la imagen de Dios y, por esto, el alma que obra justa y religiosamente engrandece esa imagen de Dios, a cuya semejanza ha sido creada, y, al engrandecerla, también la misma alma queda engrandecida por una mayor participación de la grandeza divina”.

- **San Hipólito** vincula, una vez más, la búsqueda y el hallazgo de Dios al acercamiento a la Escritura: “Hay un único Dios, hermanos, que sólo puede ser conocido a través de las Escrituras santas. Por ello debemos esforzarnos por penetrar en todas las cosas que nos anuncian las divinas Escrituras y procurar profundizar en lo que nos enseñan. Debemos conocer al Padre como Él desea ser conocido, debemos glorificar al Hijo como el Padre desea que lo glorifiquemos, debemos recibir al Espíritu Santo como el Padre desea dárnoslo. En todo debemos proceder no según nuestro arbitrio ni según nuestros propios sentimientos ni haciendo violencia a los deseos de Dios, sino según los caminos que el mismo Señor nos ha dado a conocer en las Santas Escrituras”.

- Por último, **san Agustín** anticipa la sustancia del misterio de Navidad: Dios se hace hombre para

que el hombre pueda llegar a ser hijo de Dios: “Alegrémonos, por tanto, con esta gracia, para que el testimonio de nuestra conciencia constituya nuestra gloria: y no nos gloriemos en nosotros mismos, sino en Dios. Por eso se ha dicho: Tú eres mi gloria, Tú mantienes alta mi cabeza. ¿Pues qué gracia de Dios pudo brillar más intensamente para nosotros que ésta: teniendo un Hijo unigénito, hacerlo hijo del hombre, para, a su vez, hacer al hijo del hombre hijo de Dios? Busca méritos, busca justicia, busca motivos; y a ver si encuentras algo que no sea gracia”.

Guiado por la liturgia de la Iglesia, puedes experimentar que **es posible caldear la “barra de hierro” de tu vida personal**. Desde la luz de la Palabra de Dios te será más fácil dar un sentido a lo que vives cada día. Más aún, podrás ser Adviento para las personas que Dios pone en tu camino.



## Ejercicio 5: Los signos del camino

Nuestra búsqueda sería infructuosa si no encontráramos, a lo largo del camino, algunos signos que nos indicasen o confirmasen la dirección exacta. Este ejercicio puede ayudarte a explorar algunos.

1. Puedes comenzar escogiendo uno de los dos cánticos que la liturgia propone en la cuarta semana de Adviento: el *Magnificat* (en labios de María) o el *Benedictus* (en labios de Zacarías). Escribe el texto completo en tu Cuaderno Fragua sirviéndote de la versión litúrgica que diariamente recitas en vísperas o en laudes.
2. A continuación, puedes componer tu propio Magnificat o Benedictus partiendo de aquellos acontecimientos recientes que consideras como “signos” de la presencia de Dios en tu vida.

### 3. Sugerencias para la reunión comunitaria

Los preparativos de la Navidad no dejan, a veces, mucho espacio para una reunión comunitaria tranquila. Con todo, si se programa con suficiente antelación, es posible rescatar un tiempo antes de que concluya el Adviento. **La reunión podría plantearse en cinco tiempos.** Si no es posible practicar todos, se puede escoger, al menos, el momento 2.

#### 1. Preparación de la cena

Los miembros de la comunidad pueden preparar juntos la cena de este día distribuyéndose las tareas. Lo importante es dedicar tiempo a realizar juntos un trabajo manual al servicio de la comunidad. El hecho de trabajar juntos propicia otro tipo de encuentro interpersonal.

#### 2. Diálogo

Tras la conveniente pausa, se puede dialogar sobre el itinerario que cada miembro de la comunidad ha seguido durante el tiempo de Adviento. Las siguientes preguntas pueden facilitararlo:

- ¿Con qué ánimo has comenzado la etapa *Patris Mei*?
- ¿Cuál de las cuatro semanas del tiempo de Adviento ha conectado más con tu momento personal? ¿Por qué?
- ¿Qué testigos te han ayudado más en tu camino de búsqueda de Dios? ¿Por qué?

#### 3. Oración

La oración de la tarde podría prepararse como una síntesis de las cuatro etapas vividas durante el Adviento: *vigilancia, camino, testigos, signos*. Se pueden usar algunos símbolos que ayuden a la comunidad a evocar el camino recorrido.

#### 4. Cena

La cena de este día es el fruto del trabajo de todos los miembros de la comunidad. Conviene resaltar su carácter festivo. La comunidad se encuentra de otro modo en torno a la mesa.

#### 5. Película

Si se da el clima adecuado, la comunidad puede cerrar la jornada con alguna película que conecte con el tema de esta fase; por ejemplo: *El festín de Babette, Como Dios, De dioses y hombres*, etc.

## 4. Pistas para la “lectio divina”

### Domingo 27 de noviembre de 2011. I Domingo de Adviento

- Is 63,16b-17, 19b; 64,2-7
- Sal 79
- 1 Cor 1,3-9
- Mc 13,33-37

El Adviento de este año se abre con una invitación a estar despiertos para recibir al “dueño de la casa”. Él viene inesperadamente, pero no como un ladrón, sino como el Padre que nos ha llamado a participar en la vida de su Hijo. Mientras tanto, sin agobios, proseguiamos la tarea encomendada.

### Lunes 28 de noviembre de 2011

- Is 2, 1-5
- Sal 121
- Mt 8,5-11

Crear es confiar. Por eso es tan difícil la fe en personas y culturas que han perdido la confianza básica en la realidad, en la vida. Llama la atención que el “experto en confianza” sea un centurión romano. Ayer como hoy, los verdaderos creyentes vendrán “de oriente y de occidente”. Con su confianza en Jesús nos obligarán a preguntarnos por la autenticidad de nuestra fe.

### Martes 29 de noviembre de 2011

- Is 11,1-10
- Sal 71
- Lc 10,21-24

Solo el Hijo, y aquellos a quienes el Padre les revela su misterio, conocen al Padre. Estos “privilegiados” forman un grupo heterogéneo calificado como “gente sencilla”: personas que no encuentran en sí mismas la razón de todo y se abren a Dios. Aprender a ser sencillo exige una vida entera.

### Miércoles 30 de noviembre de 2011. Fiesta de San Andrés, apóstol

- Rm 10,9-18
- Sal 18
- Mt 4,18-22

Jesús llama a algunos que ya tienen organizada su vida. La vocación al apostolado no rellena vacíos: da una nueva orientación a la existencia. Solo se puede dejar la familia y el trabajo cuando percibimos la voz de Jesús: (“Venid y seguidme”) y recibimos una nueva misión: “Os haré pescadores de hombres”.

### Jueves 1 de diciembre de 2011

- Is 26,1-6
- Sal 117
- Mt 7,21.24-27

Lo importante no es ser piadoso o comprometido. Ambas actitudes pueden ser solo reflejo del propio yo. Lo que cuenta es cumplir la voluntad del Padre. Esta fue la obsesión de Claret a lo largo de su vida. Por eso no la destruyeron las tormentas de las persecuciones y calumnias. También nosotros estamos llamados a construir nuestra vida sobre la roca de la Palabra de Dios.

### Viernes 2 de diciembre de 2011

- Is 29,17-24
- Sal 26
- Mt 9,27-31

No basta con estar ciego. Es necesario tener la humildad de reconocerlo y pedir ayuda: “Ten compasión de nosotros, Señor”. La fe parte de un reconocimiento realista de nuestra pobreza y llega a una confianza absoluta en el poder de Jesús: “Sí, Señor, creemos que puedes hacerlo”. Es un viaje difícil en tiempos de auto-suficiencia y desconfianza. Pero siempre posible.

## Sábado 3 de diciembre de 2011. Memoria de san Francisco Javier, presbítero

- Is 30,19-21. 23-26
- Sal 146
- Mt 9, 35-10, 1.6-8

La inmensa mies del mundo necesita trabajadores que tengan los mismos sentimientos de Jesús: compasión por las gentes que caminan “como ovejas sin pastor” y disponibilidad: “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”. Jesús pide al Padre pastores compasivos y disponibles, no mercenarios. La tarea (predicar, curar, exorcizar) cobra otro sentido.

## Domingo 4 de diciembre de 2011. II Domingo de Adviento

- Is 40,1-5.9-11
- Sal 84
- 2 Pe 3,8-14
- Mc 1,1-8

Juan lee los signos de lo que está pasando, percibe la inminencia del Mesías, se dispone a acogerlo con un cambio en su estilo de vida e invita a los demás a preparar el camino del Señor. Es peligroso que los evangelizadores empecemos por el final. Corremos el riesgo de alterar el mensaje y, sobre todo, de olvidar que somos solo mensajeros.

## Lunes 5 de diciembre de 2011

- Is 35,1-10
- Sal 84
- Lc 5,17-26

Jesús es “más que un profeta” porque llega a la raíz de todo el desorden que hay en los seres humanos y en el cosmos: el pecado. Solo el perdón nos devuelve la salud integral, la armonía con los demás y con la naturaleza. Curar es, ante todo, perdonar. El evangelizador, que es siempre un pecador perdonado, debería ser un experto en llegar siempre a la raíz.

## Martes 6 de diciembre de 2011

- Is 40,1-11
- Sal 95
- Mt 18,12-14

El Padre en el que creemos no sabe “optimizar” los recursos con criterios de productividad. Calcula mal. Es capaz de movilizar todo para recuperar una simple “oveja perdida”. La desmesura del amor es la única alternativa eficaz a una sociedad basada en la “medida del rendimiento”. Pero alguien tiene que ponerla en práctica. Dios actúa a través de sus hijos e hijas.

## Miércoles 7 de diciembre de 2011. Memoria de san Ambrosio, obispo y doctor

- Is 40,25-31
- Sal 102
- Mt 11,28-30

Cansado, agobiado, quemado. Son adjetivos que califican a muchos evangelizadores. Parece obvia la desproporción entre los esfuerzos realizados y los escasos frutos recogidos. Solo el “viaje a Jesús” puede rehabilitarnos porque solo Él nos da la medida del ganar y el perder.

## Jueves 8 de diciembre de 2011. Solemnidad de la Inmaculada Concepción

- Gn 3,9-15.20
- Sal 97
- Ef 1,3-6.11-12
- Lc 1,26-38

En María descubrimos lo que puede hacer el amor de Dios con la barra de hierro de una persona humana que se deja transformar por él. María es la mujer incandescente, la “llena de gracia”, la que ha creído que, a pesar de todos los imponderables, “para Dios nada hay imposible”. El fruto de su fe es el Dios-con-nosotros.

## Viernes 9 de diciembre de 2011

- Is 48,17-19
- Sal 1
- Mt 11,16-19

¿Qué debemos hacer: tocar la flauta o cantar lamentaciones? Somos seguidores de un Cristo con fama de comilón, glotón y amigo de publicanos y prostitutas. La eficacia de la misión no se mide por los índices de popularidad sino por la capacidad de llegar al corazón de las personas, de reír con el que ríe y de llorar con el que llora.

## Sábado 10 de diciembre de 2011

- Si 48,1-4.9-11
- Sal 79
- Mt 17,10-13

Él ya está en medio de nosotros, pero no lo reconocemos. Lo convertimos en un funcionario eclesiástico o lo enfrentamos a la Iglesia. Lo disfrazamos de hombre piadoso o de revolucionario. Lo hacemos un sanador, un judío marginal, un gurú, un hippy, un campesino ... Pero él es un permanente insumiso. Está siempre más allá. Por eso, nos salva.

## Domingo 11 de diciembre de 2011. III Domingo de Adviento

- Is 61,1-2a.10-11
- Sal (Lc 1,46-50.53-54)
- 1 Tes 5,16-24
- Jn 1,6-8.19-28

Juan tiene clara su identidad. Por eso comprende el alcance de su misión. No es la luz ni tampoco el Mesías ni siquiera un profeta. Es simplemente la voz que remite a la Palabra, el agua que prepara el fuego del Espíritu. Toda evangelización es siempre “referencia a”, “camino para” ... El evangelizador distingue bien la Palabra de las voces.

## Lunes 12 de diciembre de 2011

- Nm 24,2-7.15.17a
- Sal 24
- 1 Cor 1,3-9
- Mt 21,23-27

La palabra clave es autoridad. Es obvio que Jesús la tiene, pero no parece claro su origen. ¿Quién puede llamar a otros para que le sigan? ¿Quién puede mandar callar al viento y al mar? ¿Quién puede perdonar pecados? ¿Quién se atreve a interpretar la ley y a curar en sábado? ... No hace falta decirlo. Los hechos hablan por sí mismos para quien quiere oír.

## Martes 13 de diciembre de 2011. Memoria de santa Lucía, virgen

- So 3,1-2.9-13
- Sal 33
- Mt 21,28-32

La historia de los dos hijos es otra manera de ilustrar el mensaje: “Que vuestra palabra sea sí o no”. A menudo, la educación es solo un proceso que nos entrena para enmascarar la realidad. Al final, no sabemos qué es verdad y qué es mentira. La publicidad juega con esta ambigüedad, pero la fe no. Porque el amor de Dios en Jesús es un sí firme y definitivo.

## Miércoles 14 de diciembre de 2011. Memoria de san Juan de la Cruz, doctor

- Is 45,6b-8.18.21b-25
- Sal 84
- Lc 7,19-23

La pregunta sigue siendo actual: ¿Eres tú o tenemos que esperar a otro? La respuesta es la misma: “Id a anunciar lo que habéis visto y oído”. Jesús sigue multiplicando los signos de su amor salvífico. Pero no siempre coinciden con lo que deseamos o esperamos. Por eso nos escandalizamos y buscamos secretamente “otras” alternativas.

## Jueves 15 de diciembre de 2011

- Is 54,1-10
- Sal 29
- Lc 7,24-30

Juan no es ni una caña sacudida por el viento, ni un hombre que viste con lujo ni siquiera un simple profeta. Es “el más grande nacido de mujer”. Pero cualquier pequeño habitante del Reino le gana. Esto da confianza a los pequeños de este mundo y enoja a los grandes, que “frustraron los designios de Dios para con ellos”.

## Viernes 16 de diciembre de 2011

- Is 56,1-3a.6-8
- Sal 66
- Jn 5,33-36

Jesús no se arroga ningún poder: es un “enviado”. Las obras que hace muestran la soberanía del Padre. Por eso, quien realmente acredita a Jesús en su identidad y misión no es Juan el Bautista sino Dios mismo.

## Sábado 17 de diciembre de 2011

- Gn 49,2.8-10
- Sal 71
- Mt 1,1-17

Toda genealogía está siempre al servicio de algún interés. También la de Mateo. Esa construcción de 14 más 14 más 14 (que traza un hilo desde Abrahán a Jesús) tiene un interés claro: mostrar que “Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo”. La genealogía es, en realidad, una carta de identidad: Dios enraizado en la historia humana.

## Domingo 18 de diciembre de 2011. IV Domingo de Adviento

- 2 Sam 7,1-5.8-12.14a.16
- Sal 88
- Rm 16,25-27
- Lc 1,26-38

La vocación de María, además de ser una experiencia única, constituye un modelo para todos sus hijos. En el relato de Lucas encontramos todo lo que necesitamos para entender nuestra llamada. Hay un juego constante entre Dios (llamada, promesa, signo) y la criatura (turbación, asombro, aceptación). Son estas historias vocacionales las que hacen actual la Navidad.

## Lunes 19 de diciembre de 2011

- Jc 13,2-7.24-25a
- Sal 70
- Lc 1,5-25

Zacarías no es María. Ella es una mujer de pueblo. Él pertenece a la clase sacerdotal. Su historia sigue casi el mismo guión, pero se aparta en un punto esencial: “Te quedarás mudo porque no has dado fe a mis palabras”. Quizá por eso se aproxima más a la nuestra. Pero, a pesar de su ancianidad y de su falta de fe, la promesa de Dios se realizó.

## Martes 20 de diciembre de 2011

- Is 7,10-14
- Sal 23
- Lc 1,26-38

Tercera vez que aparece el relato de la vocación de María en el tiempo de Adviento. Hoy puedes fijarte en su respuesta: “Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Es el mismo Hinnení de Samuel, de Jesús ... ¿Es también el tuyo?

## Miércoles 21 de diciembre de 2011

- Cant 2,8-14
- Sal 32
- Lc 1,39-45

Solo un detalle casi insignificante en este viaje de María desde Nazaret a un pueblo de la montaña de Judá: su “prontitud”, su “presteza”. Hay una misteriosa relación entre la aventura de la fe (“Dichosa tú que has creído”) y la actitud de “ponerse en camino con presteza”. La fe es siempre un don, pero hay que prepararse para acogerlo.

## Jueves 22 de diciembre de 2011

- 1 Sam 1,24-28
- Sal (1 Sam 2,1-7)
- Lc 1,46-56

El cántico del *Magnificat*, leído a la luz del *Patris Mei*, podría titularse: “María: el Dios en el que yo creo”. El Dios de María es desconcertante. Altera el orden de las cosas. Califica a las personas con criterios nuevos. Pero, sobre todo, es “mi salvador”. Así lo ha experimentado Mará. Por eso, prorrumpe en un canto de alabanza que recoge toda la esperanza de su pueblo.

## Viernes 23 de diciembre de 2011

- Mal 3,1-4.23-24
- Sal 24
- Lc 1,57-66

Hoy y mañana son días dedicados a Juan. Lo que sucede en él y por él es un tímido anticipo de lo que sucederá con Jesús y a través de Jesús. El nombre de Juan es un resumen de su vocación: “Dios es misericordia”. Su vida será un sendero por el que la misericordia de Dios alcanzará a los seres humanos.

## Sábado 24 de diciembre de 2011

- 2 Sam 7,1-5.8-12.14a.16
- Sal 88
- Lc 1,67-79

El *Benedictus* es el resumen del Adviento y la obertura de la Navidad. Lo que esperamos y celebramos es el hecho de que Dios “ha visitado y redimido a su pueblo”. Jesús será el “sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz”.

## 5. Textos para profundizar

### Anexo I: Del “Proslogion” de San Anselmo

Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de ti tus inquietudes trabajosas. Dedicáte algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle; y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de Él. Di, pues, alma mía, di a Dios: «Busco tu rostro; Señor, anhelo ver tu rostro.»

Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte.

Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Certo es que habitas en una claridad inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad?, ¿cómo me acercaré a ella? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgo te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro.

¿Qué hará, Altísimo Señor, éste tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro? Anhela verte, tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Arde en el deseo de

encontrarte, e ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro.

Señor, Tú eres mi Dios, mi dueño, y con todo, nunca te vi. Tú me has creado y renovado, me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no te conozco. Me creaste, en fin, para verte, y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado.

Entonces, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro? ¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás? ¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo volverás a nosotros?

Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien; sin eso todo será malo. Ten piedad de nuestros trabajos y esfuerzos para llegar a ti, porque sin ti nada podemos.

Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que Tú me enseñes, y no puedo encontrarte si Tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré.

### Anexo II: “Faciem Tuam, Domine”

#### (Instrucción de la CIVCSVA sobre la Autoridad y la Obediencia, 2008)

1. «Faciem tuam, Domine, requiram»: Tu rostro buscaré, Señor (Sal 26, 8). Peregrino en busca del sentido de la vida y envuelto en el gran misterio que lo circunda, el hombre busca, a veces de manera inconsciente, el rostro del Señor. «Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas» (Sal 24, 4). Nadie podrá quitar nunca del corazón de la persona humana la búsqueda de Aquél de quien la Biblia dice «Él lo es todo» (Si 43, 27), como tampoco la de los caminos para alcanzarlo.

La vida consagrada, llamada a hacer visibles en la Iglesia y en el mundo los rasgos característicos de Jesús, virgen, pobre y obediente, florece en esta búsqueda del rostro del Señor y del camino que a Él conduce (cf. Jn 14,4-6). Una búsqueda que lleva a experimentar la paz — «en su voluntad está nuestra paz» — y que constituye la fatiga de cada día, porque Dios es Dios y no siempre sus caminos y pensamientos son nuestros caminos y nuestros pensamientos (cf. Is 55, 8). De manera que la persona consagrada es testimonio del compromiso, gozoso al tiempo que laborioso, de la búsqueda asidua de la voluntad divina, y por ello elige utilizar todos los medios disponibles que le ayuden a conocerla y la sostengan en llevarla a cabo.

Aquí encuentra también su significado la comunidad religiosa, comunión de personas consagradas que hacen profesión de buscar y poner en práctica juntas la voluntad de Dios. Una comunidad de hermanos o hermanas con papeles diversos, pero con un mismo objetivo y una misma pasión.

Por esto, mientras en la comunidad todos están llamados a

buscar lo que agrada a Dios así como a obedecerle a Él, algunos en concreto son llamados a ejercer, generalmente de forma temporal, el oficio particular de ser signo de unidad y guía en la búsqueda coral y en la realización personal y comunitaria de la voluntad de Dios. Éste es el servicio de la autoridad. ¿A quién estamos buscando?

4. A los primeros discípulos que, inseguros aún y dudosos, se ponen a seguir un nuevo Rabbí, el Señor les pregunta: «¿Qué buscáis?» (Jn 1, 38). En esta pregunta podemos leer otras preguntas radicales: ¿Qué busca tu corazón? ¿Por qué cosas te afanas? ¿Te estás buscando a ti mismo o buscas al Señor tu Dios? ¿Sigues tus deseos o el deseo del que ha hecho tu corazón y lo quiere realizar como Él quiere y conoce? ¿Persigues sólo cosas que pasan o buscas a Aquél que no pasa? Ya lo observaba san Bernardo: «¿Qué podemos negociar, Señor Dios nuestro, en este país de la desemejanza? Mira qué hacen los humanos desde el alba hasta el ocaso: recorrer todos los mercados del mundo en busca de riquezas y honores o arrastrados por los suaves encantos de la fama».

«Tu rostro buscaré, Señor» (Sal 26, 8): ésta es la respuesta de la persona que ha comprendido la unicidad e infinita grandeza del misterio de Dios, así como la soberanía de su santa voluntad; pero también es la respuesta, aunque sea implícita y confusa, de toda criatura humana en busca de verdad y felicidad. Quaerere Deum ha sido siempre el programa de toda existencia sedienta de absoluto y eternidad. Hoy muchos ven como algo mortificante toda forma de dependencia; pero es

propio de la criatura el ser dependiente de Otro y, en la medida en que es un ser en relación, también de los otros. El creyente busca a Dios vivo y verdadero, Principio y Fin de todas las cosas; el Dios que no hemos forjado nosotros a nuestra imagen y semejanza, sino el que nos ha hecho a imagen y semejanza suya; el Dios que manifiesta su voluntad y nos indica los senderos para alcanzarlo. «Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (Sal 15, 11).

Buscar la voluntad de Dios significa buscar una voluntad amiga, benévola, que quiere nuestra realización, que desea sobre todo la libre respuesta de amor al amor suyo, para convertirnos en instrumentos del amor divino. En esta vía amoris es donde se abre la flor de la escucha y la obediencia.

### Anexo III: *Buscar a Dios (San Agustín)*

No le reces a Dios mirando al cielo,  
¡mira hacia adentro!

No lo busques a Dios lejos de ti,  
sino en ti mismo.

No le pidas a Dios lo que te falta:  
¡búscalo tú mismo!, y Dios lo buscará contigo,  
porque ya te lo dio como promesa y como meta  
para que tu lo alcances.

No reproches a Dios por tu desgracia;  
¡súfrelo con Él! Y Él sufrirá contigo;  
y si hay dos para un dolor, se sufre menos.

No le exijas a Dios que te gobierne,  
a golpe de milagros, desde afuera;  
¡gobiérnate tú mismo!  
con responsable libertad, amando,  
y Dios te estará guiando

¡desde adentro y sin que sepas cómo!

No le pidas a Dios que te responda cuando le hablas;  
¡respóndele tú!, porque El te habló primero;  
y si quieres seguir oyendo lo que falta,  
escucha lo que ya te dijo.

No le pidas a Dios que te libere,  
desconociendo la libertad que ya te dio.

¡Anímate a vivir tu libertad!

Y sabrás que solo fue posible  
porque tu Dios te quiere libre.

No le pidas a Dios que te ame,  
mientras tengas miedo de amar  
y de saberte amado.

¡Ámalo tú!

Y sabrás que si hay calor es porque hubo fuego  
y que si tú puedes amar es porque El te amó primero.



## Anexo IV: Oración de Etty Hillesun (12 de julio de 1942)

Corren malos tiempos, Dios mío. Esta noche me ocurrió algo por primera vez: estaba desvelada, con los ojos ardientes en la oscuridad, y veía imágenes del sufrimiento humano. Dios, te prometo una cosa: no haré que mis preocupaciones por el futuro pesen como un lastre en el día de hoy, aunque para eso se necesite cierta práctica... Te ayudaré, Dios mío, para que no me abandones, pero no puedo asegurarte nada por anticipado. Sólo una cosa es para mí cada vez más evidente: que tú no puedes ayudarnos, que debemos ayudarte a ti, y así nos ayudaremos a nosotros mismos. Es lo único que tiene importancia en estos tiempos, Dios: salvar un fragmento de ti en nosotros. Tal vez así podamos hacer algo por resucitarte

en los corazones desolados de la gente. Sí, mi Señor, parece ser que tú tampoco puedes cambiar mucho las circunstancias; al fin y al cabo, pertenecen a esta vida...Y con cada latido del corazón tengo más claro que tú no nos puedes ayudar, sino que debemos ayudarte nosotros a ti y que tenemos que defender hasta el final el lugar que ocupas en nuestro interior...Mantendré en un futuro próximo muchísimas más conversaciones contigo y de esta manera impediré que huyas de mí. Tú también vivirás pobres tiempos en mí, Señor, en los que no estarás alimentado por mi confianza. Pero, créeme, seguiré trabajando por ti y te seré fiel y no te echaré de mi interior.

## Anexo V: Buscar a Dios donde se encuentra

El ermitaño, en oración, oyó claramente la voz de Dios. Le invitaba a acudir a un encuentro especial con Él. La cita era para el atardecer del día siguiente, en la cima de una montaña lejana.

Temprano se puso de camino; necesitaba toda la jornada para llegar al monte y escalarlo. Ante todo, quería llegar puntual a la importante entrevista.

Atravesando un valle, se encontró a varios campesinos ocupados en intentar controlar y apagar un incendio declarado en el bosque cercano, que amenazaba las cosechas y hasta las propias casas de los habitantes. Reclamaron su ayuda porque todos los brazos eran pocos. Sintió la angustia de la

situación y el no poder detenerse a ayudarles. No debía llegar tarde a la cita y, menos aún, faltar a ella. Así que con una oración que el Señor les socorriera, apresuró el paso, ya que había que dar un rodeo a causa del fuego.

Tras ardua ascensión, llegó a la cima de la montaña, jadeante por la fatiga y la emoción. El sol comenzaba su ocaso; llegaba puntual, por lo que dio gracias al cielo en su corazón.

Anhelante esperó, mirando en todas las direcciones. El Señor no aparecía por ninguna parte. Por fin descubrió, visible sobre una roca, algo escrito. Leyó: "Dispénsame, estoy ocupado ayudando a los que sofocan el incendio".

Entonces comprendió dónde debía encontrarse con Dios.



## Anexo VI: *Desear a Dios*

Existe un relato hindú acerca de un aldeano que se acercó a un santón, que estaba meditando a la sombra de un árbol, y le dijo: “Quiero ver a Dios. Dime cómo puedo experimentarlo”.

El santón, como es típico en ellos, no dijo ni palabra, sino que siguió haciendo su meditación.

El aldeano volvió con la misma petición al día siguiente, al otro, y al otro, y al otro... sin recibir respuesta, hasta que, al fin, al ver su perseverancia, el santón le dijo: “Pareces un verdadero buscador de Dios. Esta tarde bajaré al río a tomar un baño. Encuéntrate conmigo allí”.

Cuando, aquella tarde, estaban los dos en el río, el santón agarró al aldeano por la cabeza, lo sumergió en el agua y lo

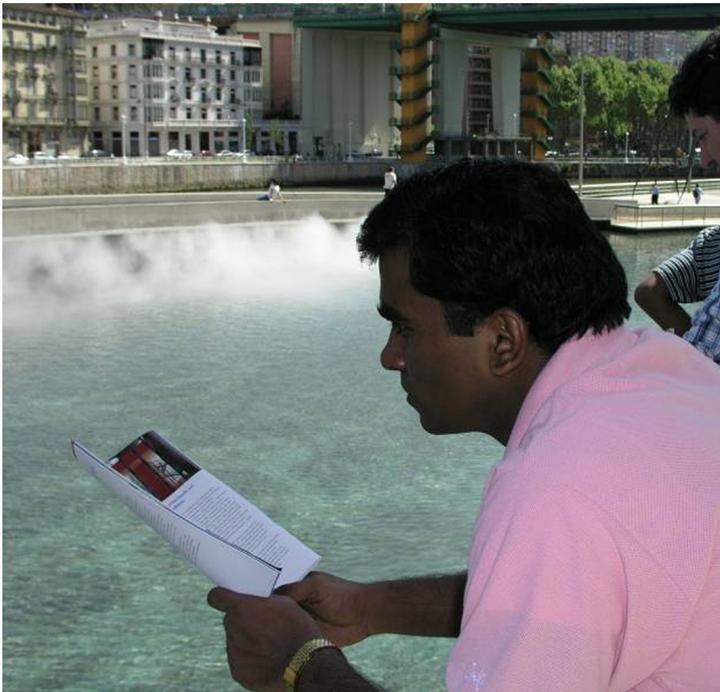
mantuvo así durante un rato, mientras el pobre hombre luchaba por salir a la superficie. Al cabo de un par de minutos, el santón lo soltó y le dijo: “Ven a verme mañana junto al árbol”.

Cuando, al día siguiente, acudió el aldeano al lugar indicado, el santón fue el primero en hablar:

“¿Dime, por qué luchabas de aquella manera cuando te tenía sujeto por la cabeza debajo del agua?”

“Porque quería respirar; de lo contrario, habría muerto”, respondió el aldeano.

El santón sonrió y dijo: “El día en que desees a Dios con la misma ansia con que querías respirar, ese día lo encontrarás, sin lugar a dudas”.



## Anexo VII: *La búsqueda de Dios*

(*Higumeno Simeon, Monasterio de Saint-Silouane (Saint-Mars-de-Locquenay)*)

Nos gusta mucho un santo ruso del siglo pasado, san Serafín de Sarov, un hombre extremadamente humilde. Un día explicó a alguien que vino a verle cómo vivir la hesíquia, cómo vivir esta quietud en Dios. Y le dijo esta frase: «Si tú tienes la Paz en tu corazón, es decir si tú eres hesicasta, entonces salvarás millares de almas a tu alrededor». ¿Qué significa esta frase? Es necesario comprenderla. Si San Serafín dice: «Si tú tienes la Paz en tu corazón, tu salvarás millares de almas», es porque él ha pasado por todo un camino que es para nosotros un ejemplo. Él nos ha mostrado a través de su vida que es necesario ser humilde, que hay que aceptar ser pequeño, no saber, no conocer a Dios, sobre todo no poseerlo, lo cual sería un error fundamental. Hay que pasar por la humildad y el abandono, y San Serafín ha pasado por eso. ¿Qué es la humildad sino el descubrimiento objetivo de lo que nosotros somos: pobres, pequeños, desamparados, no amantes? Esto puede conducirnos a la desesperación, lo cual

no es el buen camino. Es necesario que este descubrimiento en la humildad nos conduzca a la paz. Y la única vía posible es el abandono entre las manos de Dios. Si yo descubro que soy pobre, no debo desesperarme, ni rebelarme. No es la solución buena. Cuando me desespero y me rebelo, ¿a quién hago referencia? ¡A mí, pero no a mi Creador! Pero si yo sé ver mi debilidad humildemente, si sé no rebelarme, si sé verdaderamente girarme hacia Dios, en la confianza, diciéndole: «¡Soy pequeño y pobre, pero Tú, Tú puedes todo, tómame en la palma de tu mano y guíame!», entonces este abandono, que es la segunda etapa –humildad, después abandono– va a conducirme a la quietud, a la paz del corazón, porque estaré, al fin, entre las manos del Único que puede darme esta paz, Aquel que es el Amor, nuestro Dios. He aquí entonces, por el ejemplo de San Serafín de Sarov, cómo la tradición hesicasta puede vivirse.

## Anexo VIII: Al Dios que calla (R. Tagore)

Si no hablas,  
llenaré mi corazón de tu silencio  
y lo guardaré conmigo.  
Y esperaré quieto,  
como la noche en su desvelo estrellado,  
hundida pacientemente mi cabeza.  
Vendrá sin duda la mañana  
y se desvanecerá la sombra.

Y tu voz se derramará  
por todo el cielo  
en arroyos de oro.  
Y tus palabras volarán  
cantando  
de cada uno de mis nidos.  
Y tus melodías estallarán en flores  
por mis profusas enramadas.

## Anexo IX: Dónde encontramos a Dios (Ignacio Larrañaga)

“¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!  
Yo iría hasta su silla.  
Expondría mi causa delante de él,  
y llenaría mi boca de argumentos” (Job 3,4).

“En medio de su extrema adversidad, Job clamó al Señor. El deseo vehemente de un hijo afligido de Dios es ver el rostro de su Padre una vez más. Su primera oración no es, ‘¡oh, que pudiera ser curado de la enfermedad que ahora encona todo mi cuerpo!’. Ni siquiera es, ‘¡oh, que pudiese ver a mis hijos arrebatados de las fauces del sepulcro, y mi propiedad recuperada de las manos del despojador!’... Mas su primer y más predominante clamor es ‘¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su silla’.

Los hijos de Dios corren a su hogar cuando se aproxima la tormenta. El instinto nacido del cielo de un alma que posee la gracia, es buscar refugio de todos los males bajo las alas de Jehová. ‘El que ha hecho de Dios su refugio’ podría servir como el distintivo de un verdadero creyente.

Un hipócrita, sin embargo, cuando siente que ha sido afligido por Dios, resiente el castigo, y, como un esclavo, quisiera huir del amo que lo ha flagelado. Pero no sucede así con el verdadero heredero del cielo. Él besa la mano que lo golpeó, y busca protegerse de la vara en el seno de ese mismo Dios que le miró con ceño.

Ustedes podrán observar que el deseo de comunión con Dios se intensifica cuando fracasan todas las otras fuentes de consuelo.

Cuando Job vio al principio a sus amigos a la distancia, pudo haber albergado una esperanza de que su amable consuelo y su compasiva ternura mitigarían la agudeza de su dolor; pero al poco tiempo que comenzaron a hablar, Job clamó en amargura: ‘Consoladores molestos sois todos vosotros’.

Ellos pusieron sal en sus heridas, y derramaron combustible sobre la llama de su aflicción; agregaron la hiel de sus recriminaciones al ajenjo de sus dolores. Una vez anhelaron bañarse al sol de la radiante sonrisa de Job, y ahora se atrevían a cubrir de sombras su reputación, de manera poco generosa e inmerecida.

El patriarca se apartó de sus apesadumbrados amigos y miró a lo alto, al trono celestial, de la misma manera que el viajero se olvida de su cantimplora y se dirige con premura al pozo. Dice adiós a las esperanzas terrenales y clama: ‘¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!’.

Es además digno de observación que, aunque un buen hombre se apresura a Dios en su aflicción, y corre con mayor velocidad por causa del desamor de sus semejantes, sin embar-

go, algunas veces el alma que posee gracia, permanece sin la confortable presencia de Dios.

Este es el mayor de los dolores; el texto es uno de los grandes gemidos de Job, mucho más profundo que cualquier otro que hubiera proferido por causa de la pérdida de sus hijos y de su propiedad: ‘¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!’. La peor de todas las pérdidas es perder la sonrisa de mi Dios. Job conoció de antemano un poco de la amargura del clamor de su Redentor: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’. La presencia de Dios siempre está con su pueblo en un sentido, en lo concerniente a sostenerlos secretamente, pero no siempre goza de su presencia manifiesta. Como la esposa del Cantar de Los Cantares, por las noches busca en su lecho al que ama, y no lo halla; y aunque se levante y recorra la ciudad no puede encontrarlo, y la pregunta puede repetirse una y otra vez: ‘¿Habéis visto al que ama mi alma?’.

“Descubre tu presencia,  
y mátame tu vista y hermosura;  
mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y la figura”.

(San Juan de la Cruz)

“Dios no es una abstracción mental, es cosa de vida, es una persona, y a una persona no se la ‘conoce’ reduciéndola a un conjunto de ideas lógicas, sino tratándola. Una cosa es la idea de Dios, y otra Dios mismo.

Una cosa es la idea (fórmula química) del vino, y otra el vino mismo. Nadie se embriaga con la palabra ‘vino’, ni con su fórmula química. Una cosa es la palabra ‘fuego’, y otra el fuego mismo. Nadie se abrasa con la palabra ‘fuego’. Nadie se sacia con la consabida fórmula del agua: H<sub>2</sub>O. Hay que beberla.

Dios es el agua fresca, el vino ardiente, pero hay que beberlo. Quienes no lo prueben, no pueden ser ‘catadores’ de ese Vino, no saben nada de ese Vino, porque no lo han saboreado...”

# contenidos



## 1. Introducción

3



## 2. Reflexión

6

- Quien busca encuentra
- La vida es búsqueda constante
- Somos buscadores “encontrados”
- El adviento como itinerario de búsqueda y encuentro
- La vigilancia (primera semana)
- El camino (segunda semana)
- Los testigos (tercera semana)
- Los signos (cuarta semana)



## 3. Sugerencias para la reunión comunitaria

20



## 4. Pistas para la “lectio divina”

21



## 5. Textos para profundizar

26

- Del “Proslogion” de San Anselmo
- “Faciem Tuam, Domine”
- Buscar a Dios (San Agustín)
- Oración de ETTY HILLESUN
- Buscar a Dios donde se encuentra
- Desear a Dios
- La búsqueda de Dios
- Al Dios que calla (R. Tagore)
- Dónde encontramos a Dios (Ignacio Larrañaga)

# La Fragua en la Vida Cotidiana

**PATRIS MEI - 2012**

“

Todas las cosas, aun las más pequeñas, nos están publicando el poder de Dios, su sabiduría, su bondad y demás atributos” (Claret)